

CIUDAD BAHÍA, ENTRE LA ENTELEQUIA Y LA PRAGMÁTICA

Esteban Ruiz Ballesteros

Este texto es una invitación a reflexionar sobre una ciudad posible: Ciudad Bahía. No obstante, a través de su lectura, resultará evidente que igual puede ser la base para la reflexión sobre otras muchas ciudades posibles en otros territorios. En concreto, Ciudad Bahía sería fruto de la articulación efectiva del área metropolitana que forman los municipios de la Bahía de Cádiz y la Campiña de Jerez, todos ellos en la provincia de Cádiz (Andalucía, España). Reflexionando sobre esta ciudad posible pensamos forzosamente en esas ciudades que ya vivimos y habitamos, y así, la posibilidad de lo deseable y la vivencia de lo soportable se confunden -espero- en un ejercicio fructífero. Ciudad Bahía -la propuesta- nace como iniciativa de un grupo numeroso de personas implicadas en el amplio mundo de la cultura, habitantes de esos municipios metropolitanos, con inquietudes por dar otra configuración integradora a las políticas culturales en ese territorio.

En este artículo, nuestra propuesta-provocación parte de “ciudades que quizá no existen”, para continuar por “poderes invisibles” que nos llevan a pensar que “los símbolos son la realidad” y a cuestionarnos en última instancia si “somos lo que creemos que somos”, finalmente cabe pararse “en qué nos reconocemos”, distinguiendo el papel que en todos estos procesos juegan las políticas culturales y dentro de ellas los procesos de patrimonialización. Este ejercicio reflexivo tiene como telón de fondo la realidad metropolitana de la Bahía de Cádiz y la Campiña de Jerez con esa posibilidad -entre la pragmática y la entelequia- que supone Ciudad Bahía. No obstante, la referencia explícita y continuada a este asunto no se convierte en recurso permanente del texto, tan sólo hay leves alusiones a modo de ejemplos. La intención es que sea el lector -tanto el gaditano, como el de otros territorios- el que engarce la lectura con sus propias percepciones sobre la ciudad que habita.

Ciudades que quizá no existen

Las ciudades son conglomerados marcados por la heterogeneidad, por la diversidad y la fragmentación. La ilusión homogeneizadora inspirada por la sucesión de edificaciones más o menos abigarradas y articuladas mediante un trazado de plazas y calles, esconde vidas, situaciones y sueños muy diferentes entre sí.

DOI: <http://dx.doi.org/10.25267/Periferica.2003.i4.07>

No todo lo que hay dentro de una caja es lo mismo, por más que esté dentro de la misma caja. En las ciudades confundimos el contenedor con el contenido. Y a fuerza de la vinculación espacial pretendemos construir el sentido de todo lo que compone ese espacio, y soñamos territorios que a veces no existen, y planificamos espacios urbanos. Compartir espacio no es necesariamente compartir vida. Sin embargo la ciudad se presenta prioritariamente como unidad, incluso como comunidad, como si realmente encerrara lo mismo. Sólo con cambiar nuestra mirada comprendemos que la ciudad no encierra lo mismo, sino fundamentalmente lo diverso. No por eso debe dejar de ser ciudad, pero ¿qué ciudad?

La ciudad une y separa en la misma medida. En ella se esconden los más fuertes referentes de nuestra afinidad tanto como las imágenes antagónicas de nuestra identidad: nuestros más iguales y nuestros más diferentes. Al fin y al cabo un universo. La cotidianidad de los ciudadanos apenas alcanza a vincularlos a pequeñas zonas de la ciudad, a recorridos obsesivos, monótonos, reiterativos, como los de los esquizofrénicos. Para la mayoría de los habitantes una gran parte de la ciudad no existe, no es operativa: ni se frecuenta, ni se vive, ni se conoce, ni se ve, ni se habla. ¿Por qué pensar entonces la ciudad?

La ciudad es una, sobre todo en nuestras mentes. Es ahí donde se crea y re-crea, donde adquiere sentido y es vivida como una. A quien más le interesa que esa ciudad habite nuestras mentes es a quien aspira a gobernarla: frente a la quimera de gobernar lo diverso, la pragmática de gobernar lo uno, de crear lo uno precisamente con el objetivo de gobernarlo; frente a la evidencia de la fragmentación y heterogeneidad de la ciudad, el nombre -lo nombrado-, esa referencia capaz de hacer vivir la unidad obviando su diversidad inherente. La nominación como homogeneización conceptual que eclipsa la heterogeneidad evidente en la cotidianeidad. La ciudad es un producto más del reduccionismo y la simplificación -sus habitantes se igualan- frente a tantas evidencias complejas.

Mientras todo esto ocurre, las ciudades viven su sueño de ser ciudades. Amparadas en su férrea consistencia administrativa (el sumum de la formalidad) y en su límite con el campo (la no ciudad) -cada vez más difuso-, se erigen como referencias de primer orden para la organización sociopolítica y mental de sus habitantes. Sin embargo, todo ese referente se diluye tanto cuando alcanzan un tamaño desmesurado, como cuando su disposición en el espacio las hace encontrarse con otras ciudades, entonces se produce el desenmascaramiento y la publicitación de las reglas de un juego que juegan todas. Esos espacios urbanos en los que se cambia de ciudad con tan sólo cambiar de acera cuestionan el sentido de ciudad, que quizá oportunamente se refuerza mediante rituales y simbolo-

gías exacerbadas sobre la localidad: hay que construir, apuntalar un sentido común donde la evidencia se mofa de él. Entonces, curiosamente, el puntal que evita el desplome no es material sino abstracto.

Frente a la evidencia de la ciudad, la difuminación de su sentido. Las ciudades son, existen, y al mismo tiempo no existen. Cuando sus límites no precisan ser explicitados y activados, la ciudad vive su sueño dorado recluida en un núcleo de población a salvo de cuestionamientos, y eso por más que esconda la mayor de las fragmentaciones y heterogeneidades internas. No obstante, cuando sus límites deben ser evocados y reivindicados, cuando encuentra algo que los pone en evidencia (normalmente otra ciudad), entonces las ciudades corren el riesgo de diluirse si no se aplican tratamientos de choque, procesos que rehabiliten un sentido de la ciudad. Estas crisis nos muestran con nitidez cómo se crean las ciudades, sobre qué bases y procesos.

Las ciudades que hoy constituyen lo que sería una posible Ciudad Bahía ilustran lo dicho hasta ahora. El surgimiento y consolidación de nuevos enclaves internos las ponen en evidencia (por ejemplo la mayoría de las zonas de costa que han pasado a convertirse en áreas de residencia habitual), la deslocalización de las actividades económicas las convierten en zonas residenciales, la política urbanística expansionista pone en entredicho sus límites, el agotamiento del suelo su autonomía, la potenciación de las comunicaciones hace preguntarse si termina siendo más importante el conjunto de núcleos de población o las vías de comunicación que los articulan. Parece que cuando los barrios languidecen las ciudades se convierten en barrios, y ya sólo nos queda su mitología de ciudades en clara contradicción con una cotidianeidad que si no las niega sí las cuestiona como esos entes claramente delimitados (incluso por un recinto amurallado) que alguna vez fueron. Las ciudades nos empiezan a parecer accidentes, casualidades, en una relación más flexible de sus habitantes con espacios más allá de sus fronteras urbanas. Y curiosamente, cuando nos estamos planteando si las ciudades existen es cuando con más ahínco queremos ser ciudadanos.

Poderes invisibles

El racionalismo separa, segmenta persiguiendo explicaciones. Uno de sus principales "logros" ha sido separar lo político de todas las demás esferas de la vida. Queremos ir más allá denunciando que el poder no está en el lugar políticamente correcto, no hay una voluntad clara de situar al poder en su sitio, un sitio que sea efectivamente visto por todos, identificado por todos. Antes al contrario, el poder resulta invisible en cuanto a su localización (dónde está) que no

a sus efectos. Nuestro mundo nos facilita una visión excesivamente formalizada del poder. Al fragmentarse cognitivamente todas las supuestas esferas de nuestra existencia, lo político -lo que tiene que ver con el poder- debe quedar nítidamente separado de lo social, de lo económico, de lo ideológico... Y con ello no sólo se separa sino que fundamentalmente se difumina, se reduce, se focaliza, se concentra, y desde mi punto de vista perdemos en gran parte cualquier perspectiva de entender cómo funcionan las cosas. Si además vivimos en una saludable sociedad democrática, entonces nuestra sensibilidad con lo político y con el poder sufrirá una suerte de adormecimiento democratizoide que nos llevará a identificar poder y política exclusivamente con la esfera democrático-representativa que nuestro mundo determina como contexto político formalizado. En definitiva, terminamos creyendo que los que llamamos políticos son los que detentan el poder exclusivamente, que son los que mandan de manera absoluta. Y no es que yo con esta visión quiera exculparlos de sus responsabilidades al limitarlas, sino que realmente con esta visión estamos viendo tan sólo una parte de las relaciones de poder y de la política, por muy sociedad democrática que habitemos. El poder y la política tiene su escenario, pero sobre todo sus bambalinas, camerinos y subterráneos. Necesitamos hacer flexible nuestra visión del poder teniendo bien presente todo lo que resulta invisible por no estar en lugar políticamente correcto. No creo que sea oportuno hablar de poderes con apellido: poder político, poder económico, poder social; con esta estrategia de nuevo hipotecamos una percepción más global que entienda de poder como poder, provenga de donde provenga, lo importante no es su esfera de origen sino su potencial de influencia. Un llamado poder económico tiene una gran influencia sobre lo ideológico, lo político, en definitiva sobre todas las esferas y esta multidimensionalidad es lo verdaderamente importante, no su origen económico.

¿Qué es el poder local? ¿Quién gobierna en una ciudad? ¿Qué papel tiene un ayuntamiento en una ciudad y en una sociedad local? ¿quién gobierna un ayuntamiento? Todas estas son cuestiones muy interesantes como largos los debates que suscitan sus posibles respuestas, en otro lugar me he dedicado a todo ello con mayor atención. Aquí el interés es principalmente suscitar la incertidumbre a partir de obligarnos a no quedar en las apariencias.

De una manera muy simplista, el poder es la capacidad para generar y gestionar recursos y desde aquí ejercer influencia social (en sus más variadas gradaciones). Estos recursos son materiales e ideáticos. Precisamos tanto de elementos materiales que nos permitan vivir, reemplazar las energías que consumimos; como de ideas, iniciativas, propuestas.. que nos permitan actuar, representarnos el mundo que habitamos, construir sentido a los elementos materiales que precisa-

mos y a nuestras relaciones con los demás, ordenar y producir pensamiento. Estos son nuestros dos recursos básicos, inseparables, irreductibles uno en el otro.

Que la gente viva junta en una ciudad, que comparta espacios, hace de ese conglomerado un demandador de recursos como tal, un productor y consumidor de recursos. En nuestras ciudades, el empleo, los transportes, la vivienda, los servicios en general... son algunos de los recursos que se precisan. Como sabemos, su gestión y posesión generan relaciones sociales básicamente asimétricas, las cuales sustentan relaciones de poder muy explícitas que constituyen un sistema político claramente polarizado. El sistema de poder local es el entramado que se conforma entre los detentadores y gestores de todos esos recursos que se precisan para el funcionamiento de la ciudad. Por tanto en esos sistemas de poder local nos encontraremos tanto a los políticos municipales -en sus capacidades para generar empleo público, en su control indirecto sobre algunos sectores de la economía (construcción por ejemplo), en su obligación de regular parte de algunos mercados...-, como así mismo a los empresarios locales -por su papel en el mundo laboral, en el que el empleo se convierte en el principal recurso material indirecto de la población-, a los representantes locales de corporaciones y empresas -en el mismo sentido que los anteriores-, a los constructores e inmobiliarios que tienen el control de la edificabilidad siendo ésta la llave de todo el proceso productivo urbano, etc... Todos ellos conforman la política local tal como aquí la entendemos. No hace falta abundar en cuán diferente es esta perspectiva del poder y la política de las que coloquialmente se utilizan y de la que incluso los políticos profesionales explicitan.

Desde miradas amplias como las que proponemos el poder local no es algo reductible al ayuntamiento, sino un contexto más amplio del que el ayuntamiento es tan sólo una parte -una parte importante se podrá apuntar, pero una parte al fin y al cabo-. Habrá quien piense que al ampliar de esta manera el enfoque de lo político perdemos capacidad de focalizar su análisis. Cierto. Pero el problema es que los asuntos políticos no están normalmente focalizados, sino al contrario muy difuminados en intereses, influencias y acciones flexibles y multicausales. Por eso, para entenderlos precisamos de una perspectiva panorámica antes que microscópica. Como podemos atisbar, el poder local es, más que una mesa en torno a la cual se reúnen los concejales de turno, un entramado flexible y cambiante de personas y grupos diversos, en el cual se incluyen también a los concejales. Las respuestas posibles a ¿quién manda en una ciudad? se complican, pero a buen seguro serán más útiles los balbuceos que surjan que una simpleza del tipo "la alcaldesa". Las cosas en la política local son más complejas. El alcalde y los ediles tienen unas grandes limitaciones de actuación al tiempo de que

gozan también de parcelas importantes de autonomía y decisión. Pero nunca olvidemos que deben confrontar convenientemente sus intenciones con los demás miembros de eso que hemos llamado el sistema de poder local, del que en última instancia y en virtud de su capacidad de movilización y presión forman parte todos y cada uno de los ciudadanos. ¿Podrá un alcalde imponer una política de construcción en franca desavenencia con los mayores propietarios de fincas urbanas de la localidad, o de la federación de constructores?, ¿podrá imponerse un proyecto que afecte a la vida cotidiana -y que necesite en gran medida la convivencia de los vecinos- con la oposición y movilización mayoritaria de éstos?, ¿puede un empresario hacer lo que quiera en materia laboral?, ¿podrá reconvertir su actividad y el suelo urbano que ocupan sus instalaciones como guste? La respuesta de todas estas interrogantes nos emplazan ante un escenario en el que el gobierno local es un arte complejo en el que cada parte tiene intereses y recursos distintos en contenido y proporción. Por tanto gobernar tiene su dificultad y la coaligación de intereses, de forma estable o coyuntural, parece la forma más coherente y efectiva de gobierno. La coaligación aparece como base de una política local exitosa, sin embargo ésta no tiene por qué ser

**las ciudades son conglomerados
marcados por
la heterogeneidad,
por la diversidad
y la fragmentación**

explícita, ni estar sujeta a pactos, protocolos y fotos, sino que habitualmente tiene un carácter informal y opaco, pero muy efectiva. Por supuesto no nos estamos refiriendo ahora a pactos y coaligaciones electoralistas o post-electorales entre partidos y formaciones políticas, esas estrategias tan sólo articulan a grupos que pugnan por acceder al control de una parte de los recursos locales en juego; sino que me estoy refiriendo a coaligaciones de intereses que van más allá de esos grupos manifiestamente políticos, aunque por supuesto los incluyen, me refiero al auténtico epicentro del sistema político local. De todas formas no es sobre pluralismos, elitismos o consensos sobre los que quiero profundizar ahora, sino sobre una ampliación de nuestra perspectiva sobre el poder y la política local.

Nuestra reflexión en el epígrafe anterior sobre el carácter de la ciudad bien puede ser enfocada desde esta misma perspectiva. Si la ciudad homogénea que borra las fragmentaciones y la diversidad interna es la que interesa a quien pretenda gobernarla, ya vamos aclarando algo por qué las ciudades son como son.

Reflexionar sobre qué ciudad interesa a qué sistema de poder es un ejercicio muy ilustrativo para comprender al propio sistema de poder, a sus participantes y a los intereses de éstos. En principio, el interés básico de todo grupo que aspire a gobernar de manera efectiva una ciudad será que la ciudad tenga consistencia como tal, que exista en el sentido que comentábamos más arriba. Que frente a las limitaciones, diversidad, difuminación..., aparezca ante sus habitantes -los que tienen que ser gobernados- como una realidad nítida al punto de poder vivirse. Ese sería el principal éxito político, que los habitantes de la ciudad sintieran a la ciudad como propia, como suya, como parte inherente, superando las diferencias internas para construir una comunidad. Desde este logro el gobierno se facilita porque si la ciudad es un referente importante sus gobernantes también lo serán y su ejercicio de gobierno será tenido en cuenta. Por el contrario, si la ciudad tiene una existencia débil para sus habitantes, su sistema de poder será igualmente débil e ineficaz. Toda esta línea argumental nos lleva a reparar en los símbolos y en lo simbólico como uno de los contextos en los que la ciudad y el poder se encuentran ya que la ciudad para existir -y sobre todo para tener una existencia sólida- precisa de un proceso de simbolización con un claro contenido cohesionador y homogeneizador. Pero antes de entrar de lleno en ello, quizá convenga una breve digresión sobre el papel de las personas y grupos que copan los cargos político-administrativos en las ciudades.

Son los "políticos locales" los que se encuentran legitimados para el ejercicio del poder mediante procedimientos de elección democrática. Y esto a pesar de que no son ellos los que tienen capacidad para ejercer todo el poder. Aquí reside la paradoja democrática. Los llamados políticos no son los que controlan todos los recursos, ni siquiera una parte mayoritaria de éstos. Sin embargo en el ejercicio racionalista de separar la política de todas las demás esferas, se les atribuye y reconoce en exclusiva la responsabilidad política. Como contrapartida, se constituyen como los únicos legitimados para "hacer la política", aunque ésta constituya mucho más que lo que precisamente se reconoce. No obstante, al conectar ciudad y poder por medio de los procesos simbólicos, estos "políticos locales" surgen como los actores principales en torno a la producción simbólica, a la construcción simbólica de las ciudades: agentes prácticamente exclusivos de todos esos recursos ideáticos que se precisan para vivir la ciudad y sentirse ciudadanos. Son los "políticos locales" los líderes manifiestos de los procesos simbólicos que construyen las ciudades. Este protagonismo particular y estratégico, casi exclusivo de uno de los grupos que constituyen el sistema de poder local, no puede ser perdido de vista a lo largo de nuestra reflexión.

Los símbolos son la realidad

Llegados hasta aquí podemos pensar que la ciudad -tal como la concebimos en su unidad y su relativa homogeneidad- es una realidad básicamente simbólica. Se trata de una afirmación exagerada pero muy interesante a nivel metodológico, como un acicate provocador que nos hace agudizar nuestra perspectiva. Pensar que la ciudad, como objeto de pensamiento, es más una construcción simbólica que una evidencia proveniente de nuestros sentidos, sin duda nos ayuda a penetrar creativamente en muchos de los resquicios que de otra forma aparecen ocultos a un pensamiento plano y anclado en el supuesto sentido común.

Desde estos planteamientos tres son las preguntas cuya respuesta deberíamos perseguir, a saber: ¿es la ciudad la que construye sus símbolos? ¿son los símbolos los que construyen la ciudad? ¿quién construye los símbolos y la ciudad?

A menudo nos parece que los símbolos -esos elementos que vienen a significar algo más allá de sí mismos- existen por sí solos, que tienen un surgimiento natural, y que son reflejos, consecuencias, imágenes sintéticas de las circunstancias sociales, culturales y económicas que rodean a la ciudad. Ante esas circunstancias, los símbolos "son los que son" de manera lógica y obvia, y no podrían ser otros. Es más, si resultan otros será fruto de la esquizofrenia, de las fantasmagorías, auténticas mistificaciones que conducen al delirio social. Un símbolo lo es de una ciudad por lógica.

Sin embargo, los símbolos son creados por las personas en contextos políticos concretos (de relaciones de poder). Constituyen lecturas específicas de realidades, y por eso están influenciados por las coyunturas generales y por las posiciones sociopolíticas específicas de quienes generan, mantienen y alientan esas lecturas. Los símbolos son lecturas de realidades y algunos dirán que al fin y al cabo no hay realidades más allá de los propios símbolos que las leen o representan.

De una manera análoga creemos que los símbolos sólo quieren decir, comunicar, una sola cosa, que presentan un solo significado, que atienden a una única lectura. En realidad los símbolos, los que tienen mayor potencial comunicativo, son fundamentalmente polisémicos. Tienen diversos significados tanto a través del tiempo (a lo largo de la historia) como del espacio social (para las personas y grupos que los consumen y producen). Esta polisemia de los símbolos es causa y consecuencia de su naturaleza política. Los símbolos son parte destacada de esos recursos ideáticos a los que hacíamos referencia más arriba: necesitamos de los símbolos para dar sentido a nuestros referentes empíricos. Sin pro-

ducción y consumo simbólico la sociedad es insostenible, de ahí la centralidad estratégica del control de los símbolos, y por tanto la justificación de su naturaleza política. Todo esto puede perfectamente aplicarse a la ciudad como realidad siempre pendiente de ser leída, y por tanto simbolizada.

Como consecuencia de las preconcepciones anteriores no solemos otorgar importancia a los símbolos, no entendemos que tengan influencia sobre nosotros. Los símbolos son como una naturaleza muerta, reflejo de la vida pero no parte de ella. Al reconocerles tan sólo un carácter subsidiario de nuestras estructuras sociales y de nuestra cotidianeidad, no les concedemos operatividad alguna, y mucho menos capacidad performativa (es decir, capacidad de acción y de provocar re-acciones). Los símbolos se usan como herramienta de comunicación, pero nos parece que su uso no tiene efecto alguno sobre los contextos en los que precisamente se usan. Sin embargo ocurre al contrario. Los símbolos no son epifenómenos y consecuencias de otras cosas, tampoco flotan libres de anclaje con una vida propia, en una esfera separada. Pero tampoco pueden ser considerados como efectos o meras herramientas. Los símbolos son causa de, tienen su efecto sobre el conjunto de la sociedad, no son meros reflejos de ésta, sino factores que inciden sobre ella con mayor capacidad de influencia de la que se le presupone cotidianamente.

Desde esta perspectiva sobre los símbolos es fácil imaginar cómo lo simbólico puede llegar a construir esa unidad y homogeneidad comunitaria en la que muchos quieren convertir a las ciudades. A través de símbolos es posible crear la ciudad, y lo que es más importante: incidir sobre la propia sociedad en la percepción de su unidad y homogeneidad interna, obviando la heterogeneidad, la segmentación y la diversidad que también forman parte consustancial de la misma. Desde esta perspectiva, son los símbolos los que crean la realidad antes que pensar que es la supuesta realidad la que genera de forma espontánea a los símbolos.

Si los símbolos tienen este carácter y esta potencialidad, si la ciudad es una realidad fragmentada, si el poder local es una referencia difusa o al menos plural, no es una excentricidad plantear que la ciudad se construye a base de símbolos -como forma más sintética y efectiva de comunicación- desde los intereses del poder local para unificar su objeto de gobierno y constituirse él mismo. Símbolos del poder y símbolos de la resistencia, de las alternativas, que son también otros símbolos nacidos desde el poder, aunque no desde el hegemónico. Y que por encima de todo, los símbolos no terminan su función en su mera existencia, que no son consecuencia, sino que más bien habrá que considerarlos plenamen-

te en su capacidad performativa como constructores de sociedad, de ciudad. Los símbolos, por tanto, no son reflejo de la ciudad, hacen la ciudad.

¿Somos lo que creemos que somos?

Por encima de lo que somos -si es que somos algo más allá de nuestras creencias y sentidos- somos lo que creemos que somos, ya que desde aquí construimos las bases mínimas de nuestra relación con los demás y con nosotros mismos. La identidad, más que una esencia destilable y aislable, es un proceso continuo y colectivo de reconocimiento que en el fondo es conocimiento. Las identificaciones colectivas son formas de conocimiento social. Mediante modelos de identificación propia y de los demás se articulan las formas de autoconocimiento, reconocimiento y conocimiento. A partir de ahí, o mejor dicho, estrechamente vinculado a ello, surgirán pautas de comportamientos y trazas de sentimiento.

La fragmentación, segmentación y diversidad interna de las ciudades se palía en parte con procesos de simplificación y reducción identitaria (que son los mecanismos principales con los que opera nuestra ciencia clásica). Se construyen así imágenes que representan a la ciudad y que constituyen el producto simbólico por antonomasia. Las imágenes de la ciudad son visiones discursivas sintéticas y globalizantes, que pretenden condensar todo un sentido de la ciudad en el menor mensaje posible pero que atesora un poder comunicativo extraordinario. Estas imágenes pueden hacerse eco particular de cualquier aspecto, elemento o circunstancia de un pasado recreado o de un futuro deseado, pero -en cualquier caso- alumbran pasado, presente y también futuro colectivo, en definitiva seducen. Mediante ellas se articulan tanto referentes de identificación como reclamos publicitarios para la inversión en la ciudad. Son creadoras de sentido colectivo al tiempo que elementos de marketing. En el nivel de implantación, uso y consumo de esas imágenes reside precisamente su éxito, su capacidad performativa, su posibilidad de crear la ciudad. Por tanto la imagen de la ciudad es el gran producto político local, y su implantación y presencia en la vida local, la mejor señal del éxito político de sus promotores y mantenedores. Frente a ellos, en ese campo siempre conflictivo de las identificaciones, se encontrarán las mediaciones y las resistencias.

Los habitantes de una ciudad que usan una imagen de esa ciudad, se construyen a sí mismos como ciudadanos, dan sentido a su pertenencia administrativa a la misma (que en sí sería un referente vacío). El consumo de imagen de la ciudad es completamente performativo en cuanto produce al menos dos efectos: sentido y dominación. Sentido en tanto en cuanto construye socialmente a la co-

lectividad como comunidad en base a los contenidos que potencia esa imagen. Dominación por que su uso y asunción significa automáticamente legitimación para las personas y grupos que patrocinan y animan esa misma imagen. Centramos en el caso de Ciudad Bahía a buen seguro que hará más clara toda nuestra argumentación.

Si pensamos una por una en todas las ciudades que constituirían Ciudad Bahía deberíamos reflexionar sobre: sus circunstancias sociales y económicas, sus evoluciones en las últimas décadas, las transformaciones de la simbología y de las respectivas imágenes locales preferentes, los avatares de los distintos sistemas de poder locales. Si todos estos factores se miran tal como aquí estamos proponiendo, todas las preguntas que se nos suscitan quedan articuladas inseparablemente, todos los hilos se convierten en el mismo. Diversidad y unidad interna de una posible Ciudad Bahía quedan circunscritos al campo político-simbólico del cual la referencia administrativa pasará a ser meramente instrumental.

Las ciudades del área metropolitana de la Bahía de Cádiz y la Campiña de Jerez construyen cada una de ellas su existencia. Para ello articulan símbolos e imágenes de la ciudad sustentados por grupos de poder. Este ejercicio de la construcción simbólica de la comunidad local se alimenta en la propia contradicción e irreductibilidad de unas imágenes y símbolos en otros. Una ciudad lo es como tal en tanto en cuanto su imagen es única, clara, exclusiva e impenetrable desde otras ciudades vecinas. Una ciudad tiene más personalidad y peso como tal, en tanto en cuanto esas imágenes calan con mayor profundidad e intensidad entre sus habitantes que además las usan para autodefinirse y definir a los otros. Se estará pensando ahora si con "imagen de la ciudad" nos estamos refiriendo a los estereotipos y tópicos que usualmente se usan para etiquetar a las ciudades y a su habitantes. Indudablemente la imagen de la ciudad tiene que ver con ellos pero es algo un tanto más complejo y renovable. Un ejemplo servirá de ilustración. En el caso de Jerez encontramos tres claras imágenes: Jerez como ciudad del flamenco, como ciudad del vino y como ciudad de los caballos. Estas tres imágenes se complementan dando lugar a múltiples ramificaciones e influencias, integrando los grandes tópicos locales pero renovados y proyectados hacia el futuro con un claro sentido de rentabilidad-desarrollo económico. En cada ciudad del área al que nos referimos encontramos a buen seguro referentes de este tenor, alentados y promovidos desde las instancias del poder local. Pero si existe esa fuerte producción simbólica en cada una de las ciudades, ¿cómo podría conformarse una Ciudad Bahía? Sólo habrá un camino: conformando un modelo propio de simbología y de imagen que anulara/eclipsara a la de las respectivas localidades, o que las integrara dando un sentido común al conjunto.

¿Es la dificultad para generar una imagen de Ciudad Bahía una consecuencia de la diversidad, segmentación y heterogeneidad interna? Según lo que hemos visto anteriormente no se trata tanto de un problema de adecuación entre lectura y realidad, de percepción y simbolización, sino que principalmente es un asunto político. Desde este punto de vista no habría que preguntarse por la dificultad, oportunidad o veracidad de un modelo de identificación social centrado en Ciudad Bahía, sino antes bien por las personas y grupos de poder con voluntad y capacidad para hacer propuestas simbólicas en este sentido, y asimismo por la capacidad de esas propuestas para pugnar conflictivamente con la amplia producción simbólica preexistente que se centra en cada una de las localidades y en sus respectivos sistemas de poder locales. ¿Sería más diversa social, económica y culturalmente el conjunto de Ciudad Bahía de lo que ya lo son internamente localidades como Jerez, Puerto Real, Chiclana...? Desde mi punto de vista no.

Si invertimos nuestro ángulo de análisis las conclusiones nos llevan al mismo punto. ¿A quién beneficiaría una Ciudad Bahía? Quizá a sus habitantes, que sufrirían mucho menos las contradicciones que se desprenden de una configuración municipal cerrada en la que cada vez los límites se hacen más difusos al punto de que se agudizan las diferenciaciones y competiciones interlocales por recursos, exclusividades y preeminencias. Una configuración metropolitana auténtica, de cara al habitante y su cotidianeidad, a buen seguro procuraría mejoras sustanciales en servicios, transportes, oferta cultural y de ocio, oportunidades de empleo..., por no hablar de una reducción global de costes en el sector público. ¿A quién perjudica entonces Ciudad Bahía? A los grupos y personas que constituyen los actuales sistemas de poder locales que verían extrañados y menoscabados sus habituales contextos de ejercicio del poder, significando todo ello la disminución del mismo para la mayoría de ellos, o al menos la incertidumbre sobre qué papel jugarían en un marco de relaciones de poder más amplio, plural y complejo. Para empezar los grupos que basan su poder en el contexto municipal casi exclusivamente sufrirían una traumática reconversión en tanto en cuanto la construcción simbólica cambiaría de foco (del local al metropolitano) y por tanto dejaría de tener sentido, o al menos hegemonía, el marco estrictamente municipal. Por eso la reconfiguración simbólica que precisa una Ciudad Bahía es inseparable de una reconfiguración política.

Ya hemos visto que las diferencias y las similitudes existen simultáneamente entre los mismos objetos, la incidencia simbólica en unas o en otras es la que construye la realidad operativa que articula las relaciones entre esos mismos objetos. La cotidianeidad de muchos habitantes de Ciudad Bahía hace que contem-

plar esta área metropolitana como homogénea o heterogénea, como una con consistencia o como conjunto de elementos irreductibles (como ya se hace con sus respectivas ciudades de referencia) es una cuestión comunicativa que se basa en la generación y el uso de símbolos e imágenes. La generación de nuevos referentes simbólicos contribuye tanto como las medidas administrativas -o más- a que se configuren nuevas realidades urbanas, pero para ello deben reconfigurarse los sistemas de poder locales, que no significa precisamente dar consistencia administrativa a unidades territoriales más amplias -el bajo impacto en este sentido de las mancomunidades de municipios es una buena muestra de ello-. Construir una nueva ciudad es construir un nuevo sentido para ella, que es como decir construir un nuevo sistema de poder. No va una cosa antes que la otra o viceversa, es que son la misma cosa. Un nuevo sentido en todos los sentidos.

¿En qué nos reconocemos? Las políticas culturales y el patrimonio

Pueda parecer hasta ahora que todo lo que venimos refiriendo tan sólo emerge en la reflexión abstracta y que la cotidianeidad y el día a día de la vida de las ciudades acontece ajeno o inconsciente a todo ello. El planteamiento que hacemos aquí nos lleva justamente a lo contrario. Los elementos y fenómenos a los que nos referimos están bien presentes en las localidades, además en múltiples vertientes y contextos. Uno de ellos, quizá de los más privilegiados, es precisamente el ámbito de las políticas culturales urbanas, y dentro de ellas las actuaciones sobre el patrimonio cultural de las ciudades. Los modelos de identificación colectiva, las imágenes de las ciudades, los símbolos locales, se materializan en elementos con los que nos reconocemos como habitantes de la ciudad, elementos que pretenden articularse como patrimonio cultural sujetos a políticas de preservación, conservación y difusión. Estos elementos presentan todas las vertientes imaginables, pero siempre compartiendo una funcionalidad simbólica común. Por eso no es de extrañar que incluyan campos tan diversos como lo arqueológico, lo paisajístico, lo etnológico, lo industrial, lo documental, lo artístico, lo monumental, lo histórico... Y que todo ello, a su vez se materialice en singularidades como teatros romanos y trazados urbanos; arrumbaos, cantaores y tabancos; astilleros y bodegas; libros de repartimientos y cédulas reales; iglesias y conventos; cuadros y estatuas; palacios y monasterios; constituciones y levantamientos; murallas y fuentes públicas, plazas de toros y torres con reloj...

Manejamos una definición muy amplia del concepto de patrimonio cultural que se relaciona directamente tanto con los procesos políticos como con los procesos de identificación colectiva (ámbitos que más arriba hemos entendido como profundamente interrelacionados). En este sentido el patrimonio sería el conjun-

to de elementos y prácticas sociales a través de los cuales un colectivo pretende reconocerse y representarse. De este modo el patrimonio adquiere sentido pleno como parte de los procesos de identificación colectiva, que a su vez están sumidos en un contexto de relaciones de poder. Al mismo tiempo que un colectivo, o una ciudad, se ve representado por unos símbolos e imágenes comienza a definir, delimitar y concretar su patrimonio en un proceso de patrimonialización que sustancia la conformación simbólica de la ciudad en tanto en cuanto materializa de alguna forma los contenidos elegidos para definirla.

Lo patrimonial forma parte intrínseca de la dinámica social contribuyendo de manera decisiva a la definición y articulación de los colectivos, y en el caso que nos interesa aquí de las ciudades. Las intervenciones sobre el patrimonio urbano tienen dos vertientes principales: por un lado la de proteger y preservar los elementos y prácticas sociales que en el presente tienen un papel destacado en la articulación y definición colectiva, facilitando las condiciones de su reproducción; y por otro fijar y documentar elementos y prácticas ya en desuso pero que en su día jugaron un papel análogo al referido anteriormente. No obstante, en este punto surgen varias preocupaciones: qué elementos reconocen al colectivo, quién los define, cómo se eligen, cuál es el proceso por el cual el colectivo se reconoce efectivamente en ellos. A todo esto es a lo que llamo patrimonialización entendido como una dinámica compleja, incesante de construcción y reconstrucción de sentido y significado simbólico.

**el patrimonio sería el conjunto
de elementos y prácticas sociales
a través de los cuales
un colectivo pretende
reconocerse y representarse**

Las ciudades se construyen sobre imágenes y símbolos que se "materializan" en patrimonio, por tanto la política cultural patrimonial constituye la piedra angular que permitiría identificar y comprender todo ese proceso abstracto subyacente. Visto desde otra óptica: ¿Qué persiguen las políticas patrimoniales de las ciudades?, ¿qué pretenden? Después de nuestra larga reflexión no resultará muy difícil comprender que su objetivo se centra en el desarrollo y consolidación de una determinada imagen de la ciudad que a su vez se apoya en una determinada configuración del sistema de poder local y que en última instancia construye la ciudad.

Pero no podemos quedarnos en la idea de que el patrimonio es consecuencia de unos procesos discursivos y políticos que lo preceden. Sino que debemos ser capaces de asimilar el propio carácter performativo del patrimonio, cómo su uso produce lo que lo produce a él mismo. Una determinada imagen de la ciudad (en el sentido de síntesis simbólica que hemos desarrollado más arriba) provoca procesos de patrimonialización sobre elementos y prácticas que se asocian con esa imagen, a su vez ese patrimonio conformado incidirá en la consolidación y definición de esa imagen simbólica.

No obstante, el proceso de patrimonialización, la conversión en patrimonio de elementos y prácticas concretas tiene una dimensión aún más compleja. Etiquetar algo como patrimonio hace confluír diferentes procesos. Por un lado sustancia y materializa un proceso simbólico, haciéndolo más visible y consumible por todos. De esta forma la ciudad puede llegar a identificarse con un monumento, con una actividad, con un paisaje urbano concreto... Por otro delimita más precisamente el sentido que subyace a ese proceso simbólico intentando poner riendas a la inherente polisemia de los símbolos. Por último le otorga consistencia de producto a los objetos seleccionados ya que comienzan a formar parte de un creciente y pujante mercado de consumo cultural que se solapa con otros usos económicos de ese mismo objeto o práctica social. Quizá un ejemplo pueda ilustrar todo esto. Las bodegas pueden ser consideradas como patrimonio formando parte de un planteamiento simbólico más global en el que el vino y su mundo conforman una imagen de identificación para una ciudad. Al mismo tiempo las bodegas pueden constituir uno de los referentes patrimoniales fundamentales, que a su vez excluye a otros posibles elementos patrimonializables que darían un sentido distinto a la imagen simbólica global -por ejemplo el movimiento obrero surgido alrededor del sector vinícola, o los tabancos como lugares tradicionales de sociabilidad y consumo de vino-, y además la patrimonialización de las bodegas las convierte en objeto de una explotación económica en forma de visitas como elementos integrantes de paquetes organizados para el turismo cultural.

En las ciudades del área metropolitana que tratamos, y dentro de sus políticas culturales, se ha agudizado en los últimos decenios los procesos de patrimonialización paralelamente a cómo se han incentivado también los procesos simbólicos de construcción de imágenes y sentidos para las propias ciudades. Todos ellos han buscado elementos, prácticas y definiciones patrimoniales que los diferencien y distinguan de las ciudades vecinas, que marquen con claridad una especificidad y exclusividad paralela a las pretensiones de unicidad identificatoria y política. Dentro de este mismo proceso ha quedado implícito el bloqueo y la opacidad a la que han estado sometidos elementos y prácticas sociales igualmente

patrimonializables pero que han sido difuminados cuando no obviados. Patrimonios comunes que se han sacrificado a favor de patrimonios particulares. Y cuando no ha habido más remedio que usar referentes patrimoniales comunes en distintas ciudades (caso del patrimonio vinatero por ejemplo) no se ha dudado en acentuar las ínfimas diferencias en perjuicio de las notables coincidencias. En esencia en esto han consistido gran parte de las políticas culturales sobre patrimonio urbano en el área metropolitana de la Bahía de Cádiz y la Campiña de Jerez. Por supuesto en poco se han explorado elementos patrimoniales que pudiesen articular de manera integral al conjunto del territorio metropolitano, y mucho menos con fondos o apoyos municipales. Si hay honrosas excepciones éstas han venido de instituciones que están más allá de la política local.

Aquí reside el papel -no exento de centralidad- de las políticas culturales en torno a la posibilidad de una Ciudad Bahía. Procesos simbólicos y políticos deben ir de la mano, y en ellos las estrategias y políticas de patrimonialización no son baladíes. Cuando hablo de políticas pueda sonar que estamos poniendo la incidencia de la responsabilidad en el campo de los llamados políticos, pero no es cierto, o mejor dicho completamente cierto. Como en cualquier otro ámbito de intervención y transformación social no podemos focalizar exclusivamente en uno de los polos que entran en juego, con ello sólo conseguimos simplificar y llegar a planteamientos reduccionistas que en nada ayudan a una comprensión del fenómeno. La gran distancia conceptual que separa a políticos, técnicos y ciudadanos en los procesos de la patrimonialización no se corresponden con el más difuso y flexible campo en el que las prácticas de producción y consumo del patrimonio se mueven. Las responsabilidades se comparten más que se concentran. Como siempre aludimos a esa clase cambiante y socorrida de los políticos para hacerla responsable en última instancia de lo que acontece. Sin embargo, yo quiero aquí reclamar el papel de los técnicos en el campo de la cultura para deshacer esa imagen de mera correa de transmisión que a veces se esgrime y en el que muchas veces se escudan para eludir responsabilidades. Tampoco pretendo atribuirles toda la responsabilidad, por supuesto. Así mismo la sociedad civil en su conjunto tiene un papel que jugar que va mucho más allá que el de consumidora pasiva del patrimonio que le ofrecen. Mi propuesta es que la reflexión que implica este texto bien puede constituir un punto de partida para el autoanálisis y la autocrítica, principalmente por dos razones: en primer lugar por la importancia con la que concluimos que tienen los procesos de patrimonialización en la construcción de las ciudades, y por otra por el papel que reconocemos a los profesionales de la gestión cultural en este proceso, sobre todo habida cuenta de su posición estratégica dentro del mismo.

Las políticas culturales, concretamente las relacionadas con la patrimonialización urbana, tienen por tanto una influencia notable en la construcción simbólica de las ciudades, por eso bien podrían constituirse en catalizadores de un proceso que llevara a Ciudad Bahía desde la entelequia que hoy por hoy es, a su construcción práctica, algo de lo que sus habitantes sentirán cada vez más necesidad. Como nos dejó dicho el sociólogo Jesús Ibáñez, cuando algo es necesario e imposible no hay más remedio que cambiar las reglas del juego.

Notas explicativas finales

En este texto se proponen elementos reflexivos y perspectivas de análisis que arrojen luz al debate sobre la posibilidad de Ciudad Bahía, conscientes de que esa posibilidad se mueve entre la entelequia utópica y la pragmática más incontestable. En líneas generales, el armazón de ideas que se sugieren giran en torno a visiones hasta cierto punto heterodoxas en torno a la ciudad, el poder, los símbolos y las identidades. Son heterodoxas no por desconocidas o novedosas, sino más bien porque están lejos del llamado sentido común y de las formas coloquiales de tratar dichos asuntos. Todas estas visiones intentan alumbrar lados oscuros, contrapesar perspectivas que ya forman parte del pensamiento asumido mayoritariamente, pero sin sustituirlas, sino más bien complementándolas. Precisamos miradas amplias, sobre todo para referirnos a las entelequias -y quizá Ciudad Bahía sea una-, pero asimismo precisamos de miradas que no renuncien de antemano a la complejidad si queremos ser prácticos -y Ciudad Bahía sería sin duda una de las apuestas más prácticas de organización territorial para quienes la habitan-.

Nos referimos a qué sea la ciudad, del poder en ella, de los símbolos que la representan y de las identificaciones colectivas que la cohesionan. Todo ello forma un mismo entramado conceptual que puede resultar chocante, exagerado, atípico, y que se invoca no sin ciertas dosis de provocación. Ésta es la mejor llamada a la reflexión, a una reflexión necesaria que debe ser colectiva. En este sentido, el principal objetivo del texto es ofrecer vías para esa reflexión, más concretamente propuestas globales sobre algunos de los elementos principales del funcionamiento social para emprender así un análisis específico sobre la posibilidad de una nueva ciudad. Tiene por tanto otro elemento poco habitual: una voluntad de prospectiva. Más que analizar cómo las cosas fueron o son, el texto tiene una vocación por ocuparse de cómo algunas cosas tendrían que ser para que fuera posible una Ciudad Bahía, qué tendría que cambiar, dónde residen algunas de las transformaciones estratégicas para alcanzar esa meta. No obstante, y paradójicamente, esta prospectiva se muestra

esclarecedora de cara a como las cosas son o fueron, esperemos que el ejercicio global haya resultado rico y completo.

Se tendrá que disculpar que se pase apresuradamente por asuntos muy profundos que han suscitado controversias, debates y desacuerdos prolongados y permanentes en las ciencias sociales. No es la intención aquí pararnos excesivamente en cuestiones teóricas. Sin embargo, y curiosamente, a cualquiera podrá parecerle que el texto es intensamente abstracto y teorizante ya que se dedica a proponer visiones teóricas sobre distintos aspectos. No obstante, este no es su interés principal y yo no le llamaría "teorización" a lo que pretende. La intención del texto es principalmente práctica. A decir verdad, nos parecerá práctica si somos de los que pensamos que la forma en la que asumimos mentalmente los fenómenos y acontecimientos termina constituyendo el propio sentido de los mismos.

Por eso un texto como éste que se preocupa principalmente de promover otras formas de asumir fenómenos cotidianos (ciudad, poder, simbolismo, identificaciones colectivas) no está alterando lo teórico, sino precisamente lo práctico: la cotidianeidad de nuestro contacto diario con esos mismos fenóme-

nos. En el fondo el problema está en que los límites de lo teórico y lo práctico son no sólo difusos, sino confusos: asumir conceptualmente las cosas de otra manera / sentirlas de otra manera / comportarnos de otra manera, forman parte de un continuum sólo segmentable analíticamente, pero a un gran coste para la comprensión cotidiana.

Por todo esto no es de extrañar que al final de las reflexiones arribemos de forma natural a un puerto como el de las políticas culturales, y más concretamente al patrimonio cultural urbano. Es entonces cuando esperamos que toda la estrategia que hemos venido siguiendo dé sus frutos al ocuparse de manera concreta de un ámbito muy específico. Desde aquí se propone que el patrimonio cultural, su naturaleza y praxis, podría entenderse muy distintamente si se articula en la trama de ideas que hemos ido tejiendo desde el principio del texto. El patrimonio cultural urbano, como parte de las políticas culturales, podría pasar de ser un epifenómeno a alcanzar una notable centralidad en el análisis de la ciu-

**debemos ser capaces de asimilar
el propio carácter performativo
del patrimonio,
cómo su uso produce
lo que lo produce a él mismo**

dad y su política, y por ende en los procesos que llevaran a la creación de una nueva ciudad donde antes se consideraba un conjunto de ellas.

E.R.B.

Área de Antropología Social, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla

Agradecimientos

Quiero agradecer a Macarena Hernández y Alberto del Campo, compañeros del Área de Antropología Social de la Universidad Pablo de Olavide, tanto la lectura detenida como los acertados comentarios sobre el texto. Sin duda sus recomendaciones lo han hecho más afinado y legible.

Bibliografía

He construido conscientemente un texto que no incluye referencias a otros autores, aunque no cabe duda de que mi deuda con ellos es evidente: prácticamente todas las ideas están tomadas de otros, mi aportación estará en todo caso en intentar articularlas en referencia al caso que nos ocupa. Sin embargo, no he querido interrumpir constantemente el relato con citas, lo que dificultaría su lectura y seguramente la haría dificultosa y cansina. No he querido construir un clásico texto académico. No obstante, no puedo sustraerme de mencionar las fuentes de mis reflexiones, lo cual servirá también para que se pueda acudir a ellas en busca de mayor profundidad y obviamente rigor. Estimo que los propios títulos de las referencias bibliográficas que cito -entre los cuales debo disculparme por incluir alguno propio-, ilustran por sí mismos a qué aspectos de lo expuesto en el texto se hace referencia, orientando por tanto su potencial consulta.

Abélès, M. (1992) "Anthropologie politique de la modernité" en *L'homme* 121 XXXII (1), pp. 15-30.

Augé, M. (1990) *El sentido de los otros. Actualidad de la Antropología*. Paidós, Barcelona.

Berger, P.L. y Luckmann, T. (1995) *La construcción social de la realidad*. Amorrortu editores, Buenos Aires.

Borja, J. y Castells, M. (1997) *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Taurus, Madrid.

Bourdieu, P. (2000) *Poder, derecho y clases sociales*. Desclée, Bilbao.

Castells, M. (1997) *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. Vol. 2 *El poder de la identidad*. Alianza, Madrid

Cohen, A.P. (1985) *The symbolic construction of the community*. Routledge. Londres y Nueva York.

Dahl, R.A. (1961) *Who Governs? Democracy and power in an American City*. Yale University Press, New Haven

De Leon, R.E. (1992) *Left Coast City: progressive politics in San Francisco, 1975-1992*. University of Kansas Press, Kansas

Domhoff, W.G. (1978) *Who really rules? New Haven and community power revisited*. Santa Mónica, California.

- Escalera, J. y Ruiz, E. (2002) "Sociabilidad, política e identificaciones colectivas" en *Actas del IX Congreso de Antropología*. FAAEE, Barcelona.
- Escalera, J; Ruíz, E y Valcuende, J.M. (1993) "Antropología política de las identidades colectivas en la Cuenca Minera de Riotinto" en E. Martín (coord.) "Sistemas de Identidad y su expresión en las sociedades locales". *Actas del VI Congreso de Antropología del Estado Español*, Tenerife. pp. 89-101.
- Foucault, M. (1980) *Power/Knowledge*. Harvester Press, Brighton.
- Gledhill, J. (1994) *Power and its disguises. Anthropological perspectives on politics*. Pluto Press, Londres.
- Hall, S. (1993) "Discourse and power" en Hall y Gieben (eds.) *Formations of Modernity*. Polity Press, Londres.
- Hunter (1953) *Community Power Structure*. University of North Carolina Press.
- Ibañez, J. (1991) *El regreso del sujeto*. Siglo XXI editores.
- Laclau y Mouffe (1985) *Hegemony and socialist strategy*. Verso, Londres.
- Logan, J. y Molotch, H.L. (1987) *Urban Fortunes. The political economy of place*. University of California Press, Berkeley.
- Molotch, H.L. (1976) "The city as a growth machine: Towards a Political Economy of Place" en *American Journal of Sociology*, 82, pp. 309-332.
- Morin, E (2002) *Una mente bien ordenada*. Seix Barral.
- Morin, E. (2000) *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa.
- Ruiz Ballesteros, E. (2000) *Construcción simbólica de la ciudad. Política local y localismo*. Miño y Dávila editores. Madrid-Buenos Aires.
- Ruiz Ballesteros, E. (coord.) (2001) *Espacio y estigma en la Corona Metropolitana de Sevilla*. Diputación de Sevilla y Universidad Pablo de Olavide.
- Ruiz Ballesteros, E. e Iglesias García, L. (1999) "La conformación del patrimonio minero en Riotinto" en *Cultura Minera en Andalucía*. Revista Demófilo nº 32.
- Stocker, G (1995) 'Regime theory and urban politics' en Judd, Stocker y Wolman (eds.). *Theories of Urban Politics*. Sage.
- Stone, C. N. (1989) *Regime politics: governing Atlanta 1946-1988*. University of Kansas Press, Kansas.
- Stone, C. N. (1993) "Urban regimes and the capacity to govern: a political economy approach" en *Journal of Urban Affairs*, 15 (1), pp. 1-28.
- Stone, C.N (1986) Power and social complexity en Waste (ed.) *Community Power. Directions for future research*. Sage.
- Valcuende del Río, J.M. (1998) *Fronteras, territorios e identificaciones colectivas*. Fundación Blas Infante, Sevilla.